

FLORENCIO



SANCHEZ



EL CAUDILAJE CRIMINAL  
EN SUD AMERICA

10PQ8519.S243.

C3.

1914

Editor: Maximino García. - Ituzaingó, 1416. - Montevideo

FLORENCIO SÁNCHEZ

:: EL CAUDILLAJE ::  
::: CRIMINAL :::  
EN SUD AMÉRICA



28731



Editor: Maximino García

CALLE ITUZAINGÓ NÚMERO 1416.—MONTEVIDEO

1914

D. 402. 773

No PA 8519. S. 43. C. 3. 1914

171



---

## Obras de Florencio Sánchez

---

Los Curdas, en un acto  
Canillita, en un acto  
Gente Honesta, en dos actos  
M'hijo el Dotor, en tres actos  
Cédula de San Juan, en dos actos  
La Pobre Gente, en tres actos  
La Gringa, en tres actos  
Barranca Abajo, en tres actos  
En Familia, en tres actos  
La Tigra, en dos actos  
Los Muertos, en tres actos  
El Desalojo, en un acto  
El Conventillo, en un acto  
El Pasado, en dos actos  
El Cacique Pichuleo, en un acto  
Moneda Falsa, en un acto  
Nuestros Hijos, en tres actos  
Los Derechos de la Salud, en tres actos  
Mano Santa, en un acto  
Buen Negocio, en un acto  
Marta Gruní, en un acto

---



SALA URUGUAY  
BIBLIOTECA NACIONAL

## Dos palabras del Editor

---

*El espíritu crítico de Florencio Sánchez, tan agudo como su profunda visualidad de observador, anatomizó en no lejana época de la historia de este país, sucesos y hombres que, en aquel entonces, eran los índices salientes de un estado social y político turbulento.*

*De aquel momento al presente, mucho han variado las cosas, y en la progresiva y rápida evolución del país, el espíritu de los hombres de esta tierra se ha transformado casi por completo, adaptándose á un medio más en armonía con un estado de alta cultura.*

*No cree pues el editor, que los escritos de Sánchez, que hoy publica, puedan herir la susceptibilidad ni rozar la delicadeza de nadie. Observaciones sinceras de un espíritu excepcional, el público, que respecto á este escritor ya ha dado su fallo justiciero, sabrá apreciar el valor social de estos escritos. El editor, que se propone publicar las obras teatrales completas del inolvidable Sánchez, ha creído de su deber hacer conocer al público este aspecto muy poco conocido de aquella brillante inteligencia que tan grande legado dejó á la literatura uruguaya.*

Montevideo, Febrero de 1914

---

# El caudillaje criminal en Sud América

(Ensayo de psicología)

## “João Francisco” .--- El degüello

Como único recuerdo doloroso de las últimas reyertas partidistas de la vecina tierra, ha subsistido el de los degüellos, incendios, saqueos y depredaciones de todo género cometidas en las fronteras riograndenses. Si se tratara de un simple desborde de la delincuencia común, lógico en circunstancias tan propicias a la impunidad, sólo quedaría esperar que la Justicia ordinaria aplicara su sanción á los hechos; pero ellos tienen su significado excepcional, pues son efecto de hábitos regresivos que florecen todavía por aquellas regiones y que conviene poner en claro, analizar y juzgar en homenaje a la cultura de esta América que tanto oscurecen y agravian.

Los diarios han esbozado algunas crónicas de la vida fronteriza, perfilando a través de relatos espantosos la silueta de un personaje, señor de vidas y haciendas en Río Grande, João Francisco, que a fuerza de aparecer malvado y sanguinario va tomando en la imaginación popular los contornos de algunos de nuestros señores feudales de la edad media argentina.

João Francisco, que en la realidad se excede a su reputación, es una simple resultante del ambiente en que actúa, encarna los sentimientos, las pasiones y las modalidades del medio. Trasplantado a Buenos Aires o a la última provincia argentina a lo sumo llegaría a ser un interesante ejemplar de delincuente, en la frontera rio-grandense es señor feudal.

Quien estas líneas escribe ha vivido largo tiempo en aquellas regiones; ha frecuentado sus hombres y observado las costumbres, de modo que se considera habilitado para abordar el tema, verazmente aunque más no sea, desenvolviéndolo en la forma a su juicio menos monótona: la forma episódica y anecdótica.

Vamos, pues, a hacer crónica, que parecería novela a no mediar en la historia del caudillaje criminal americano un documento tan genial como es *El feudo* de Sarmiento.

La parte sud de Río Grande, comprendida entre Santa Ana de Livramento y Uruguayana, ofrece un tristísimo aspecto de atraso e incultura. Está dejada, como quien dice, de la mano de Dios. Poco poblada, sin medios fáciles de comunicación, desenvolviéndose su vida económica por la explotación más primitiva de la ganadería, en mano de escasos propietarios, su comercio es generalmente a base del contrabando y el abigeo; sin escuelas, sin templos siquiera, sin instituciones de ninguna especie, salvo la de la autoridad a cargo del más fuerte y bárbaro, iba, sin embargo, evolucionando progresivamente hasta que sobrevino la revolución de 1893. Tres años de guerra demolie-

ron toda la obra de progreso dejando la simiente regresiva de la antropofagia política.

Santa Ana es el centro principal de operaciones de João Francisco. Es una ciudad de aspecto colonial, como todas las de la provincia, excepto aquellas en que ha gravitado la influencia de la inmigración alemana. Está situada frente a Rivera, población uruguaya, formando casi un solo pueblo; ambos se diferencian por la edificación moderna de este último y por costumbres fundamentalmente opuestas.

Su comercio es fuerte y nutrido por el contrabando con el Uruguay, su sociabilidad precaria, y cosa no extraña, hay más espíritu supersticioso y fetichista que religioso. Sólo tiene una iglesia a medio derrumbar, atendida por un párroco que más bautiza que dice misas, y viste de particular.

En cambio se habla de política. Antes, cuando había opositores (hoy los que no han sido degollados viven en territorio oriental o se han instalado en los grandes centros de población) se debatían los dos bandos. Ahora se pelean ellos solos por preponderancias personales, pero como João Francisco no tarda en poner coto a esas rencillas pronto se quedan sin asunto, y entonces la emprenden contra los jefes y oficiales de los batallones allí destacados por el gobierno central del Brasil y empleados de reparticiones nacionales, como la de aduanas. Recientemente los telegramas nos informaban de que la población de Santa Ana se había alzado en armas pretendiendo linchar al

jefe de la receptoría, un tal Frontoura, quien a su vez se había atrincherado en sus oficinas. Ignoramos cómo terminó el conflicto, pero asuntos de esta índole constituyen el pan nuestro de cada día para los buenos santanenses. João Francisco es, por supuesto, el dios de allí. «Noli me tangere».

¿Qué a don Fulano de Tal, sospechado de maragato, le han cortado la cabeza; qué el pardo Cipriano apareció con los dientes al sol; qué la estancia tal ha sido asaltada, incendiada y degollados sus habitantes?... La noticia corre como un rayo, se comenta sin regocijo pero también sin indignación, y cuando dos amigos se encuentran en la calle al comunicarse sus impresiones:

—Fué la gente de João Francisco!— se susurran, bajando la cabeza. Para hablar de esas cosas no se puede alzar mucho el cuello, pues hasta la atmósfera tiene filo.

Hay que hacer notar, no obstante, que por allá no se justifican todos los crímenes.

—¿Para qué degollar a ese pobre diablo!... Si hubiera sido jefe o caudillo, menos mal!...

#### EL DEGÜELLO

La costumbre los ha hecho familiarizar tanto con el degüello, que él constituye la forma única del homicidio y hasta del suicidio. Si se pudiera hacer una estadística exacta de la mortalidad en aquellas regiones tendríamos que el mayor porcentaje lo daría la muerte violenta y por degüello. Ciertamente que la «garrucha» (pistola), se

emplea con frecuencia, pero no lo es menos que el sujeto que mata a otro de un balazo lo degüella en seguida.

En las disputas no se oye jamás decir, « lo mataré a usted » o « te romperé el alma », sino « cuando lo agarre lo degüello », y creemos que hasta el acreedor manda mensaje así: « si no me paga lo degüello », pues más de una vez hemos oído recados de esta especie: « dígale a fulano que se deje de jeringarme la paciencia con el pleito, porque el día menos pensado, lo mando degollar. »

El intendente de policía de Santa Ana nos contaba que cada vez que se cometía un crimen y el criminal era reducido a prisión, desfilaban por su oficina docenas de personas pidiéndole que le prestara el preso un ratito para degollarlo!

Por supuesto que pocos casos como éste se han dado. Los criminales, si la fechoría es muy gorda y saben que se les conoce, huyen a tierra oriental, sino se quedan tan tranquilos o van a presentarse voluntarios al regimiento de João Francisco; pero por grande que sea el delito, habiendo sido las víctimas gentes desafectas a éste, gozan de completa impunidad y hasta de privilegios.

Los únicos individuos que suelen ir a la cárcel son los contrarios a la situación, y por poco tiempo desde que no tardan en ser ajusticiados o « escaparse », como se dice, por el habitual procedimiento del degüello.

Y si eso ocurre en un centro de población, puede imaginarse lo que sucederá en la campaña. Por de pronto, la despoblación es tan grande ya, que en la vasta zona dominada por João Francisco,

no va quedando otra gente que la de su regimiento, cuyas patrullas la recorren constantemente, haciendo retumbar en los pedregales los cascotes féreos de sus caballitos serranos. Sobre la frontera, ranchajes de pobrerío habitados por mujeres y chicos. Ni un hombre. El marido o el padre si no ha sido degollado anda a monte, en los capones de la sierra, o emigrado en la banda oriental. Si alguna vez la cría lo atrae al pago, no tarda en amanecer atravesado sobre un camino, con la cabeza separada del cuerpo. Sus deudos irán a plantar una cruz en el sitio en que lo hallaren, pero la primer patrulla que pase la arrancará para hacer fuego.

En Caty, el campamento de João Francisco, se sabe el nombre, la filiación y las costumbres de cada uno de los moradores de la sierra, y bien puede el desdichado que cae en desgracia ir atándose los calzones. Más tarde o más temprano ha de caer. Para él, ni el territorio uruguayo será refugio seguro; a saberse su paradero no tardará en allegársele un emisario de João Francisco para darle la feroz cuchillada.

Y no son los maragatos, los enemigos políticos, los únicos que caen, sino todo aquel que se haya hecho desagradable a la hiena por cualquier circunstancia, por haberle robado un caballo a un amigo, por haber murmurado, por haber tenido una disputa con un soldado, por emborracharse en una pulpería, por no pagar una cuenta, por haber dado refugio a un perseguido, por defender la honra de su china...

Un día, viajando con el propio João Francisco, nos salió al encuentro una vieja moradora

de un rancho y conocida de nuestro hombre. Iba a quejarse de que un sujeto le había hecho quién sabe qué tonterías, matarle un perro, nos parece.

--Bueno, viejita; vaya tranquila. Lo voy a mandar degollar! — le respondió João Francisco.

Y al primer destacamento que encontramos le impartió la orden!...

El gobierno central del Brasil está representado por numerosos batallones destacados en Livramento, Cuarefém y Uruguayana, las tres villas del feudo medioeval de João Francisco.

Es curioso el papel que desempeñan esas fuerzas obligadas a mantenerse neutrales, impasibles, por respeto a la autonomía provincial ante tanto desmán.

Y lo más raro es que viviendo en perpetuo conflicto con João Francisco, nada hayan podido hacer para remediar aquella situación. De esos conflictos hemos presenciado uno que no puede quedar en el tintero.

Cierta noche tomábamos el fresco sentados en la puerta de un hotel de Santa Ana. De repente vemos grupos de gente que huía en todas direcciones.

—La leva!... La leva!..

El camarero que nos servía, nos grita al pasar disparando por nuestro lado:

—Escóndase mozo!... La leva!...

Nuestras buenas relaciones con la situación nos ponían a cubierto de todo riesgo. Quisimos indagar, darnos cuenta del espectáculo. Inútil. El pánico era tan intenso y contagioso, que no tardamos en optar por el discreto consejo del garçon.

A la mañana siguiente, el capitán Bernardino,

un oficial tan « chic » y tan tenebroso como su hermano João Francisco, nos explicaba el caso: era la aplicación de una especie de ley Varela Ortíz, contra el juego. João Francisco hacía de cuando en cuando razzias semejantes, comenzando por los garitos, con lo cual llenaba el doble objeto de remontar su regimiento y combatir el cáncer del juego!...

A invitación del mismo capitán presenciábamos poco después la partida para Caty de los reclutados aquella noche: unos ciento cincuenta hombres de toda condición social y pelaje. Se les hizo desfilar para escarnio público por las calles principales, arrebañados, bajo la custodia de unos veinticinco lanceros, que iban azuzándolos con el silbido peculiar del arreador de haciendas y a veces hasta picaneaban a los remolones con el conto de la lanza.

—Marcha!... marcha!... marcha!...

En el camino, de rato en rato, un soldado ensanchaba la ronda metiendo su caballo por la vereda y un desgraciado más, un incauto transeunte iba á engrosar la tropa. Recordamos que un pintor rengo, con su gorro de papel, el tarro de pintura en una mano y la regla en la otra, cayó entre los últimos.

De repente la extraña comitiva se detiene y se arremolina. Suenan clarines y tambores y vemos tropas haciendo ostentoso despliegue. Poco después reclutados y guardia, ratones y gatos, desaparecían por el amplio portón del cuartel.

¿Qué había ocurrido?

Una friolera: mezclado con los prisioneros iba el segundo jefe del regimiento 5.º de caballería y al



pasar frente a su cuartel se había hecho reconocer por la guardia y ordenado la operación que hemos descripto.

El incidente conmovió en extremo a los santanenses, fué como un somatén de la pública noveletería. A la noche estaba declarado el estado de guerra entre los representantes del gobierno central del Brasil y João Francisco, y al amanecer del siguiente día los batallones federales habían tendido sus líneas y las avanzadas del regimiento de João Francisco coronaban las alturas dominantes de la ciudad.

Pero felizmente, sólo el telégrafo hizo el gasto.

Supimos más tarde que João Francisco, conociendo las aficiones timberas del jefe aludido, su enemigo, había ordenado la razzia con el especial objeto de darle un mal rato.

#### LAS REVOLUCIONES

Hemos dicho que la revolución ríograndense de 1893 acabó con los escasos progresos de cultura y civilización de aquellas zonas.

Creemos no haya en la historia de América precedentes de una guerra civil más implacablemente sanguinaria y bárbara. Han llegado hasta aquí espeluznantes relatos de degüellos, violaciones, incendios, masacres de prisioneros, pero menester es haber atravesado las zonas devastadas de aquella provincia, a raíz de la terminación de la guerra, y oído a los protagonistas de la gran tragedia, emocionados aún narrar sus escenas, para darse cuenta justa de lo que allí pasó. Quisiéramos trazar como antecedente útil a las constataciones

de esta crónica, una síntesis de aquellos salvajismos, pero tememos que no nos basten todas las páginas de esta revista.

Que la supla entonces la imaginación pública exhumando sus recuerdos más lúgubres al respecto, sin excluir el de las depredaciones macedónicas de todo tiempo. El recuerdo del combate de Río Negro, en que trescientos prisioneros fueron encerrados en un corral de piedra de donde los sacaron uno por uno, a lazo, para desjarretarlos y degollarlos como reses, es uno de los episodios de menor cuantía, así como escasa importancia tiene en relación a las demás heregías, el hecho de que a un joven revolucionario le hicieran comer carne asada de su propio padre

João Francisco, siempre él, fué la figura descollante de la frontera en esa guerra. Al frente de una fuerza poco numerosa, jamás quiso alejarse de las fronteras, campando por sus respetos durante los tres años de guerra sobre una zona de más de 600 leguas. Fué hábil y previsora su resolución.

—Los revolucionarios derrotados en el interior tendrán que arrimarse a la frontera oriental para reponerse y aquí... yo los barajo en mi lanza!— decía. Y si en algo hubo error fué en lo de la lanza, pues lo que barajó a los insurrectos fueron su faca y las de sus milicos. Con las alternativas lógicas corrió de victoria en victoria; mejor dicho, de carnicería en carnicería, y al cabo de la revolución pudo mandar al gobernador Castillos, el parte memorable de Varsovia: en la región no quedaba más bicho viviente ni más casa en pie que él con sus contingentes.

Saldanha da Gama con sus trescientos hom-

bres, gente de mar toda, y un brillante estado mayor de oficiales y aspirantes de la escuadra, a pie, sin medio alguno de movilidad, aunque con bastantes armas y municiones, se fortificó sobre una meseta apoyando sus trincheras en la costa misma del río Cuarefm, línea divisoria, en previsión del desastre. Provesan de víveres al campamento unos cincuenta gauchos, al mando del Comandante Chico Rivero, una brava lanza.

João Francisco, acechaba los movimientos de la fuerza invasora y la había dejado obrar temiendo que un ataque antes de tiempo le hiciera perder la presa; cuando supuso a los enemigos en condiciones de hacerse fuertes, se decidió á tirarles el zarpazo. La operación fué de una simplicidad terrible.

Ordenó a sus hombres, unos seis cientos, que avanzaran hasta las trincheras, montados, al trote y haciendo fuego. Aquello era descabellado. Los marineros de Saldanha diezmaban impunemente a semejantes locos, pero el avance seguía. De repente los clarines de Saldanha echan diana; el enemigo que había llegado a unos cincuenta metros de las trincheras, volvía grupas en evidente demoralización. Chico Rivero se lanza entonces con su caballería a consumir la derrota.

—Vuelta cara y sable en mano!—bramaron los oficiales de João Francisco. Y a los pocos segundos se produjo el infernal entrevero sobre el campamento mismo de Saldanha.

João Francisco había previsto, con la intuición del avezado a la guerra gaucha, la salida del impetuoso jefe de lanceros. Su táctica era provocarlo y batirlo después, aprovechando los momentos en

que el enemigo no podía hacer fuego, para caer como tromba sobre el campo fortificado.

—No quedó ni uno! nos decía el mayor Tambeiro, nuestro cicerone en una excursión reciente al sitio del suceso. El mayor Tambeiro fué el matador glorioso de Saldanha. (1)

Sentados sobre una de las trincheras, todavía en pie, de los desdichados vencidos, nos narró el episodio con la más estudiada modestia. Durante el entrevero se echó a perseguir a un hombre muy maturrango que galopaba en caballo de raza hacia el estado oriental.

—Respéteme! Soy el Almirante Saldanha! gritó el prófugo al sentirlo cerca.

—Esos son los que me gustan! le dije, y lo levanté en peso con mi lanza.

En realidad no creyó que fuera Saldanha. A saberlo lo agarra vivo, porque estaba desarmado y llevaba un brazo en cabestrillo, y seguro que habría sacado mayor provecho.

Sobre el campo quedaron insepultos todos los cadáveres. Hoy todavía se ven blanquear centenares de osamentas.

—¿Pero nadie se rindió?

—No hubo tiempo. Cuando nos dimos cuenta no quedaba ninguno vivo. La muchachada estaba caliente con los marineros. Vea qué linda rebanada! se interrumpió alzando del suelo un cráneo que tenía la parte posterior tronchada, indudablemente de un solo golpe de sable! . . .

Nos contó después este episodio:

---

(1) El mayor Tambeiro se llama Salvador Lena, y es nacido en Tacuarembó.

La tropa se entregó al «carcheo» y como todos los cadáveres quedaron desnudos nos fué imposible reconocer el del almirante. Por suerte el comandante João Francisco tenía dos prisioneros, dos aspirantes ¡pobrecitos! muy jóvenes, que lloraban como chicos. A ellos se les pidió que nos lo señalaran, pero las horas pasaban y el almirante no era hallado. Les amenazaron con degollarlos si no despachaban pronto, comprendiendo que no querían entregar el cuerpo de su jefe; entonces uno de ellos señaló un muerto.

—Este es—dijo.

Algunas señas coincidían pero nos dimos cuenta, por las manos gruesas, la deformidad de los pies y el desaseo del cuerpo, que nos mentía.

João Francisco lo hizo degollar en presencia del compañero por haberlo engañado.

El otro muchacho intimidado, nos indicó el cadáver, pero João Francisco le hizo cortar la cabeza en el acto, por cobarde!

El cuerpo de Saldanha, horriblemente mutilado, fué envuelto en un cuero fresco y mantenido largo tiempo como trofeo por el vencedor, hasta que sus amigos pudieron darle sepultura piadosa en el cementerio de Rivera, población oriental.

Y entre el cúmulo de episodios tan horrendos que conocemos, oídos a los mismos actores de la tragedia, elegiremos el siguiente, que cierra sinolestramente la digresión.

João Francisco tuvo la tétrica voluptuosidad de mantener su gente acampada sobre el mismo campamento de Saldanha todo el tiempo que los miasmas lo permitieron. Lo hacía con el fin de familiarizar la tropa con el espectáculo de la muerte,

y de tal manera logró su objeto que en esos días la milicada se entretuvo en desollar cadáveres para trenzar con piel humana manecas y presillas del apero, prendas muy estimables por aquellas regiones, que se exhiben como testimonios de valor y que algunos supersticiosos conservan como amuleto contra las balas!

Y jamás olvidaremos la impresión que nos produjo oír a los oficiales de João Francisco relatar entre grandes carcajadas, cómo se divertían los milicos haciendo probar a sus compañeros más zonzos carne asada de «dijuntos» ó describir una macabra disparada de los caballos del campamento arrastrando los cadáveres que habían servido de estacas a la soldadesca para mantener la sogal!

#### EL CAUDILLO

Lo habréis imaginado, sin duda, un indio alto, empacado, cerdudo, con la cara llena de tajos, vi-ruelas y costurones, y si no vizco, tuerto. Sus mentas, su trágica reputación tantas veces encarecida, parece no admitir otra fisonomía ni otra encarnadura que la consagrada en las mentes por las vulgarizaciones del lombrosianismo y tal es nuestra certidumbre de que se ha acendrado este juicio en el público, que tememos al concluir el retrato del gran vándalo ríograndense, se nos grite: mentira! falsedad!

Se dirá: no puede ser joven, ni buen mozo, ni fino ni elegante, ni culto, ni amable, ni espiritual, semejante bellaco! Empero, no tenemos más remedio que resignarnos a conceder a João Francisco

Pereyra de Souza, la atenuante de ciertos adornos físicos y morales.

¿Cómo es en resumen?

Imaginaos al coronel Ricchieri, no a cualquier otro militar nuestro tan arrogante pero más esbelto, que use como él barba y perilla renegridas, aunque más discretamente proporcionadas: que vista uniformes modernos con mundano desempacho, ni muy alto ni muy bajo: de gesto apacible; graduado por la expresión sonriente, un tanto aduladora, de los labios; nariz perfectamente perfilada; ojos muy negros, curioseando a través de unas pestañas que se dirían crayonadas por un Moussión cualquiera; afeminadlo un poco más, suponiéndole manos pequeñas, suaves, devotamente cuidadas, y, en la tez, pigmentaciones de mujeril sonrojo y, toque más o menos, tendréis al caudillo en pinta!

Complementan estas exterioridades, la más correcta desenvoltura de modales, la fuerza y pulcritud de la dicción, amoldada la voz a las blanduras del idioma portugués, tan melodioso.

No es verboso, pero hace que le arranquen las palabras con sacacorchos. Se expresa como persona de buen tono, sencilla, agradable fludamente, aunque a veces incursione por su conversación el orador un poco ampuloso que todos los brasileros llevan dentro, y hasta el erudito, traducido en citas no siempre vulgares.

Para consuelo del lector, que ya nos supondrá intenciones de abusar de su credulidad con este panegfrico de las prendas personales del sujeto, anotaremos una falla que no le hemos señalado aún, porque tampoco se la pescamos a primera

vista: la mirada del hombre, la mirada síntesis de pasiones y sentimientos.

La leyenda atribuye a todas las grandes personas que ha tenido la humanidad en forma de conquistadores, aventureros, políticos, genios de la guerra, tiranos de pueblos o asesinos sueltos, la característica de la mirada: aguda, acerada, punzante, fría, sórdida, escrutadora, de águila, en fin. Las pobres águilas pueden estar tranquilas esta vez. João Francisco no tiene mirada de águila. Sólo debe tener la mirada de João Francisco o de alguna fabulosa ave de garra; y decimos debe, porque en realidad no se la pudimos ver bien: cada vez que nos ha mirado desde adentro de sus ojos, hemos bajado los nuestros, sintiendo la piel erizada y no pocas tentaciones de llevar la mano al cuello. Se diría que mira con el filo de un facón.

No tiene biografía, precisamente. Ninguna escuela, ninguna academia, ningún Saint Cyr ha botado a las fronteras brasileñas este extraño militar. Un gauchito ladino, merodeador, oficial de preboste, justicia de partido, tropero de votos electorales, contrabandista, jefe de gavilla en sus mocedades; no se le conoce ni aún nacionalidad exacta, pues hay quien asegura que es uruguayo y da visos de certidumbre a esta afirmación, el hecho de que sus padres han estado y están radicados en tierra oriental. Por lo demás, es común que los hijos de brasileños nacidos en el Uruguay, cerca de las fronteras, se consideren brasileños, si ya sus genitores no los han nacionalizado, cristianándolos en el Brasil.

La celebridad de João Francisco data de su primer crimen de resonancia. El año 95, si mal no

recordamos, era un capitanejo de partida; invadiendo el territorio uruguayo hizo degollar a dos guardas aduaneros de esta nacionalidad, uno de ellos el teniente Cardozo. El atentado tuvo estrepitosas repercusiones: Montevideo se indignó: su juventud, en algarada patriótica, se lanzó a las calles y hasta hubo de asaltar la legación brasileña; funcionaron activamente las cancillerías y ocurrió lo de siempre. Apesar de todas las promesas diplomáticas, João Francisco continuó en su puesto, haciendo méritos para consolidar su fama que la justa indignación de los uruguayos había hecho llegar a los límites de lo siniestro y repugnante. Aquel jacobino de Julio de Castilhos, sentía peligrar su estadía al frente del gobierno de Río Grande y necesitaba mantener sobre las armas a ese hombre de acción que tan buenas pruebas comenzaba a dar de su audacia y de sus agallas. Si la acertó lo prueba su actuación en los sucesos revolucionarios, en la forma tan descollante que hemos relatado ya.

¿Dónde, y cuándo adquirió su cultura militar? Misterio. El hecho es que si el más adelantado de nuestros militares revista hoy el regimiento de João Francisco, nada tendrá que reprochar en punto a organización, disciplina y aprovechamiento científico.

El efectivo ordinario de su tropa es de ochocientos hombres, y hay que notar la particularidad de que si bien el arma es la caballería, esos ochocientos hombres formarían sin dificultad como infantes, evolucionando correctamente, y serían capaces de sustituir al más experimentado regimiento de zapadores. Ha logrado João Francisco

la más alta expresión del automatismo en sus soldados.

#### EL CAMPAMENTO DE CATY

Todo el sud de Río Grande es en extremo accidentado. Entre abruptas serranías, próximas al Cuarefm divisorio, en una profunda y amplia hondonada está situado el cuartel y campo de manio-bras de João Francisco, el Caty famoso.

De lejos es un pueblo, o mejor una toldería, pues rodean las reparticiones del cuartel todas de paja y adobe, construídas por la misma tropa, centenares de ranchitos que sirven de vivienda a las familias de los soldados. La vida militar es la de todos los cuarteles, con la única diferencia de que el soldado franco no lo abandona nunca. Bajo el punto de vista pintoresco mucho y muy lindo se podría contar, pero no es del caso.

Hablemos del milico. Invariablemente joven, fornido; bruto para otra cosa que no sea el servicio y la comprensión de la disciplina, desde que para estar donde está menester le ha sido renunciar para siempre a su individualidad y sabe que la menor falta le cuesta la vida; inconsciente desde luego, y de sentimientos ¡imaginaos que negrura! Ha ido al cuartel, « gurí » todavía, llevado por la leva; o sino voluntariamente, después de haberse degollado, por lo menos, una familia, con chicos y todo, lo que le da título más que eficaz de enrolamiento.

Estos son los únicos voluntarios del regimiento. Frugal y sobrio, sólo bebe caña cuando está muy lejos de la vista de sus superiores, seguro entonces de que no lo han de descoyuntar de una

estaqueadura; su espíritu de compañerismo es acendrado; no pelea a sus congéneres ni le hurta nada, pues lo único que la disciplina permite robar impunemente es la china.

Cualquiera de los ochocientos soldados entra en estos lineamientos: todos son iguales.

Como la vida en Caty se nos ocurriera monótona, un oficial nos sacó de dudas diciéndonos que cuando la faena militar no los ocupaba mucho tiempo, se entretenían en aplicar todos los castigos en carterá; entre estaquear a uno y apalear a otro transcurría más agradablemente el tiempo.

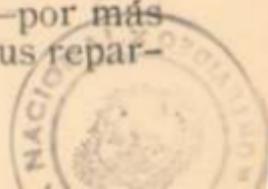
—Mire, tenemos un negro estaqueado porque le robó una guitarra a un compañero. ¿Quiere verlo?

Allí estaba, como un sapo panza arriba, suspendido entre las cuatro estacas por las guascas ceñidas a sus miembros. Nos miró sonriendo:

—Pida por mí, seu tenente!—suplicó.

—«Te viá dar, negro del diablo, robar guitarras!»... y habiendo tanteado la tensión de las amarras llamó al cabo ejecutor. ¡Estire más esta prima, que está baja! ... Y ahora esta bordona!... ¡Ajajá! Los huesos del negro crujiéron. El oficial después de haber amenazado al cabo por haber templado tan mal aquella guitarra volvióse hacia nosotros satisfecho y como invitándonos a celebrar su delicada espiritualidad.

João Francisco no reside en el cuartel sino en su estancia en las inmediaciones, donde tiene su familia. Ha montado la máquina de exterminio, la ha probado bien y emplazado mejor; mientras no llegue el momento de hacerla tuncionar—por más que siempre tenga en acción alguna de sus repar-



ticiones accesorias—nada le queda que hacer con ella. La visita y la examina de cuando en cuando, con ternuras de autor satisfecho.

En la estancia vive apaciblemente, sin mayores preocupaciones, morrongueando entre las tibiezas afectivas del hogar.

Sus ocios los mata con la lectura.

Se ha provisto de una buena biblioteca y lee, lee con avidez, asimilándolo todo con la estupenda facilidad que delata su cultura tan rápidamente elaborada.

Una noche ha leído el relato de una brillante operación militar y a la mañana siguiente la hace reproducir con sus tropas en el paraje más oportuno, cueste lo que cueste, que bien puede ocurrírsele representarse la hondonada de Waterloo sin que tenga reparo en hacer descrismar trescientos soldados en la barranca más próxima.

Vuelto a su casa, se tenderá en un diván, encenderá un charuto y se pondrá a dilucidar si las caballerías francesas han podido hacer esto o lo otro.

La política provincial o nacional brasileña lo inquietan poco: la sigue, analiza los sucesos sin mayor apasionamiento y siempre a la expectativa confiando en que su gran amigo el doctor Julio de Castilhos, gobernador de hecho de Río Grande, proveerá por él y le dirá lo que haya que hacer. De su parte a menudo envía a Castilhos la invariable información, indudablemente recojida en los cementerios: «los enemigos siguen tranquilos, no se han movido».

Tampoco le preocupan sus negocios personales: son eternamente prósperos; ni las repercu-

alones de sus sonadas barbaridades, que lo hacen sonreír desdeñosamente; ni los eternos conflictos de sus tropas con las fuerzas federales destacadas en la región. Podría sacarlo de quicio una opinión como esta sobre su personalidad, pero sólo para lamentarse de que la distancia le impida mandarnos degollar por el negro Conceição, su sargento de órdenes y ejecutor de excepcionales comisiones, algo así como el facón de gala de su nutrida armería.

Ni la satisfacción de denunciar en ese hombre noches atormentadas por el insomnio o por la pesadilla terrorífica, podemos tener en revancha de sus siniestras actividades! Sus centenares de víctimas no acuden a su mente en macabras rondas barbotando venganza por los sangrientos tajos de los cuellos! . . . No sueña con puñales ni con bombas, ni tósigos. Duerme como un bendito, y hasta ronca.

Tampoco teme que lo maten como su rival el «gran enfermo del Oriente». Hemos solido encontrarlo sin escolta, viajando entre escabrosas serranías, tan confiado . . .

João Francisco es devoto. Y ¿sabéis cuál es su religión? Cierta día se lo preguntamos:

—Mis creencias? Soy positivista; pertenezco a la religión de la humanidad!

#### EN RESUMEN

¿Qué aspira? ¿Cuáles son sus proyecciones?  
¿Es un voluptuoso, un refinado cultor de la muerte, simplemente?

Estamos sin información a este respecto. Nada hemos podido adivinarle. Quizá... lo último, quizá

un caso de misticismo político, quizá — todo cabe en el terreno de las conjeturas — se trate de un megalómano acariciando en sus ensueños la idea de un futuro imperio sobre los hombres y las cosas de su tierra; cuya realización espera como un predestinado, quizá, y ganas nos dan de optar por esto: no sea nada más que un gran vándalo con aspiraciones reducidas a una simple preponderancia de pago.

Lo que es innegable, como la afrenta que para la cultura americana representa su actuación en Río Grande, es que mientras le dejen alas subsistirá con él un gran peligro para la civilización.



## Cartas de un flojo

---

### I

#### ¡ Orientales y basta !

Mi querido amigo:

Mucha paciencia te pido y que conserves quedas las manos y la lengua. Si no te sientes con fuerzas para hacerme esa concesión, renuncia a leer estas líneas, rómpelas y hazte la cuenta de que como tantas otras, he dejado sin respuesta la última tuya. Porque si tanto te ha mortificado mi anterior apreciación acerca de los orientales, tus compatriotas — y los míos, si el hecho de nacer y educarme en la pintoresca Montevideo determina la tal afinidad, de lo cual no estoy muy convencido, — me imagino el efecto que las verdades de a puño que aquí pienso estampar, te producirán, y me asalta el temor de que me sueltes, a pedirme cuenta de mi osadía, a ese charrúa que tienes adentro, y que parece haberse parapetado en el espíritu de la mayoría de los orientales, desalojado de los breñales del terruño, para asestar a la Conquista sus últimos tiros de boleadoras.

Es cierto que fué bastante hiperbólico mi calificativo de suizos a los orientales, pero sujeta al indio, y óyeme.

Si me contabas con gran alborozo que en el ejército conquistador de la China formaban varios orientales, que otros compatriotas peleaban heroi-

camente al lado de Krüger, y que hasta en la revolución colombiana un hijo de Montevideo mantenía bien alto el pabellón de las nueve listas, echando a vuelo las campanas de tu regocijo ante la inmensa honra que estos hechos reflejan sobre la pequeña tierra uruguaya ¿cómo no apagar tus entusiasmos? ¿Cómo no llamarte a orden, poniendo las cosas en su lugar para hacerte comprender que la exportación de semejantes productos desacredita una plaza; que nada ganamos con que en Transvaal o en Colombia o en la China se sepa que los orientales, — si es que por tales y no por americanos, como ha de suceder, distínguense esos aventureros, — son más o menos arrojados, y por último, que es triste, muy triste, que un país quiera imponer a la consideración humana la más inútil, la más despreciable, la más estúpida de las funciones orgánicas de sus habitantes?

¿He dicho un país? Y lo sostengo, puesto que no se me ha de negar que así como un pueblo vive orgulloso con la producción cerebral de sus hijos o la excelencia de sus manufacturas, la vanidad nacional uruguaya más que sobre otra cosa, se afirma en el desamor al pellejo de los descendientes de Artigas y Goyo Suárez.

Por aquí se dice: « Orientales y basta », y ahí ustedes se llenan la boca con la frase. ¡ « Orientales y basta »! Ya se sabe que a patriotas y a guapos, nadie les pisa el poncho. Sobre todo a guapos. Se les podrá negar cualquier otra condición, sin que se ofendan mayormente, pero al que se atreva a decir que tienen el cuero para negocio, si no le demuestran prácticamente lo contrario, a puñetazo limpio, para convencerlo de su crasísimo error, le

paran un rodeo con los bravos 33, y los defensores de Paysandú, y los mártires de Quinteros, y los hermanos Valiente y cuantos Juanes Pedros y Diegos han sido héroes y víctimas de los centenares de jornadas sangrientas que han saturado el espíritu nacional de tan belicosas gallardías.

El calificativo de flojo tiene mayor fuerza denigrativa entre los orientales que en cualquier otra parte del mundo. Es menos despreciable un ratero que un maula. Fulano podría ser inteligente, pero no ha peleado nunca, ni siquiera ha estado en una patriada. En cambio a Zutano el fragor del combate le vigorizó el cerebro, y el olor a sangre humana le despejó el espíritu. Lo recibió bruto y nos lo devolvió casi sabio la guerra.

Cierta vez dos escritores se trabaron en agria polémica por si el uno se había portado mejor que el otro en tal batalla. ¿Los recuerdas? Daniel Muñoz y Eugenio Garzón. Pujaban por su reputación intelectual...

De los periodistas, Fulano es el mejor porque insulta y se queda en guardia blandiendo la hoja de su facón veterano. Zutano, que vierte ideas sobre el papel sin agresivos desplantes... Zutano, es un «poroto». Y de los hombres públicos son líricos, sino desvergonzados y camanduleros, los que predicán la fraternidad, y avezados estadistas, aquéllos que pueden ostentar en sus cuerpos mayor número de melladuras y cicatrices ganadas en las cuchillas de la patria. ¡Oh, las cuchillas de la patria!

Me atrevo a afirmar que hoy hemos menester bañar en esa maravillosa pila sacramental nuestras mulleras catecúmenas para ser ungidos filósofos.

fos y sabios, artistas y poetas, financistas y hombres de estado, y hasta me sospecho que de sus vertientes ha de emanar una purificadora legía que limpie las roñas humanas, pues más de un caso conozco de truhanes que han vuelto de una patriada convertidos en honestos y beneméritos ciudadanos.

De modo, pues, que miramos al través del valor las condiciones buenas o malas de cada individuo, como a través de los cristales de un antejo de teatro; aunque con la variante de que para observar las últimas, las malas, invertimos el aparato. Y de ahí que Fulano, aunque blanco, no sea tan mala persona si se ha fogueado en los campos de batalla, y el colorado Zutano merezca la consideración de sus contrarios si ha sido capaz de tamaña bizarría.

Unos a otros se miran con el antejo vuelto.

---

¿Qué se han quedado « epatés » los porteños con nuestras frecuentes asonadas? Ya lo creo. Como que en esta tierra no se hace otra cosa que alabar el coraje oriental. Tienen tanto — me decía uno de ellos — que cuando han comentado bastante los episodios heroicos de una revuelta, preparan otra para tener después de qué conversar. Y yo no protesté de la ironía, y te aseguro que escucharla después de recibir tu carta con la pregunta transcrita, alborozado le estrecho al hombre los cinco y le digo: ¡Usted, usted sí que nos adivina! ¡Métase en aquella tierra, observe un poco y póngase inmediatamente a escribir la más entretenida de las apologías!

Porque como tú, piensan todos, casi todos los orientales. « Epater » a los mortales que no han tenido la dicha de nacer a la sombra de los talas de la patria chica, con su arrojo, con su altivez, con su amor al terruño y, por efecto de la terrible suficiencia determinada por tales cualidades, con todas sus obras, con todas sus cosas y con las cosas todas que encierra la prodigiosa pera criolla embanastada entre el Cuareim y el Plata, el Uruguay y el Atlántico.

Dí si no es cierto que para ustedes los poetas que cantan los primores únicos de su suelo y de su cielo son los más inspirados, los estadistas que manejan sus destinos los más sesudos, sagaces florentinos sus políticos, Castelares sus tribunos, brillantes sus periodistas, magníficos sus pintores? ¿Que las mujeres son las más hermosas y las ciudades las más pintorescas y los prados los más feraces y las carnes las más sabrosas, y las frutas las más exquisitas; que el dinero vale más y el comercio es más honesto; que los médicos son los más humanitarios y los letrados los menos tunos? . . . .

¿A qué no me nombras más de diez uruguayos que no anden siempre acompañados por este largo cortejo de patrióticas pedanterías? Si lo haces, si lo que te digo no es la verdad en cueros, te autorizo a que me sueltes el indio.

Mientras tanto, perdona mi rudeza, te la has merecido, y recibe a cuenta de los que irán en mi próxima, este consejo que transmitirás con la suficiente elevación de criterio, para no ver en mis censuras mezquinos móviles.

Sean ustedes menos guapos. Tengan más amor

a la vida, que concluirán por no despreciar tanto la del prójimo. Sean menos localistas. Ningún pedazo de tierra nos ha parido. Ella entera nos pertenece con su oxígeno y su sol, y es dominio que tienen derecho a usufructuar por igual todos los hombres... Además, Pulgarcillo ya no mata gigantes. Que lo digan los boers.

Y no siendo guapos ni patriotas, dejarán de ser políticos.

Serán entonces más humanos, más generosos; desceñirán de prejuicios el espíritu y no volverán a mirar hacia el Poniente.

Hasta pronto se despide tu amigo afectísimo,

FLORENCIO SÁNCHEZ.

P. D. — Dime. ¿Por qué Roxlo ataca a Garibaldi? ¡Era tan peleador y tan guapo! — F. S.

## II

### No creo en ustedes

Mi querido amigo:

✱ Tienes razón. Pero es únicamente ante las majestades de la patria y del coraje que son ustedes solidarios y se respetan. En lo demás. . . observa el espectáculo: Cuestas, gobernando con blancos y colorados; blancos contra Cuestas, colorados contra los blancos y contra Cuestas, blancos con los colorados y contra los blancos, colorados contra los colorados, Cuestas contra los blancos, contra los colorados y... con Cuestas;

colorados herreristas, tajistas, simonistas y blancos de Saravia, de Aguirre de Terra y de Acevedo; constitucionalistas sueltos, constitucionallistas con o contra Cuestas, los blancos y los colorados; todos hablando, hablando a la vez o gritando o vociferando; aquí y allá, ojos que centellean, puños en alto, garrotes que amagan, boleadoras que zumban; los rencores explotando a la vez en todas partes, todos los hígados en plena y perpetua erupción... y, de cuando en cuando, por sobre la babélica algarabía, los plañidos del doctor Aramburu, nuevo Mario, que se pasa la vida regando con sus lágrimas las ruinas de la fraternidad uruguaya.

De una manera más sintética, aunque un tanto campechana, le definía hace algunos años a Carlos María Ramírez, el espíritu burgués más sano y más equilibrado que haya producido la cepa oriental, la situación de los partidos políticos de esa tierra. Los blancos — le decía — son una bolsa de gatos, los colorados otra bolsa de gatos y los constitucionales cuatro gatos en una bolsa. Y él aprobaba con su sonrisa melancólica.

Es que ello era realidad pura. Y lo es.

Nacidos de chulo y de charrúa nos queda de la india madre un resto de sus rebeldías indómitas, su braveza, su instinto guerrero, su tenacidad y su resistencia, y del chulo que la fecundó la afición al fandango, los desplantes atrevidos, las dobleces, la fanfarronería, la verbosidad comadrera y el salibazo por el colmillo, elementos constitucionales más que suficientes ambos para generar los vicios y defectos de eso que ha dado en

llamar nuestra megalomanía raza de los Treinta y Tres.

De tal herencia fisiológica conservamos muy acentuados los rasgos del chulo padre. Nos parecemos más a papá. La afición nuestra a la política es importación pura de la tradicional Puerta del Sol. Más: Montevideo, toda la República es una reproducción ampliada de aquel conversadero madrileño que nos describen los costumbristas españoles. Entre comer, beber, conversar de política y darnos de navajazos, repartimos el tiempo.

¿Tienes noticias de parte alguna donde la política, piedra mordiente que desgasta las energías morales y físicas de los hombres, tenga más subordinados?

Casualidad es que no nazcamos los orientales arrullados por el estruendo de un motín; en seguida, a la vez que a decir mamá o papá, la solicitud paternal nos enseña a pronunciar el nombre del caudillo de su preferencia; en las escuelas elementales aprendemos geometría y gramática blanca ó colorada y a rompernos la crisma a pedradas por el caudillo de uno u otro color; desde los escaños universitarios, tamizamos por nuestro criterio partidista a Voltaire y a Kant y a Rousseau y a Hegel, y cuando abandonamos las Facultades con nuestro título debajo del brazo, nos dirigimos a tranco largo a llevar la ofrenda de nuestro saber oficialmente consagrado, a la comunidad política a que han pertenecido nuestros padres, nuestros padrinos, el maestro normalista, el catedrático universitario y el cacique que ha llevado de la rienda nuestros juveniles ardores.

Y los de una colectividad política, si hemos

resultado poetas, a cantar a los héroes de la causa; si periodistas, a batallar por ella; si abogados, a fabricarle leyes; si médicos, a organizarle servicios sanitarios; si financistas a manejarle el tesoro; si ingenieros, a medir campos de batalla, y mientras no hagamos poemas, ni leyes, ni ambulancias, ni operaciones de crédito, ni determinaciones geométricas, tenemos que pensar en que debemos ir pensando en esas cosas, y las proyectamos, nos las narramos, las discutimos y nos damos de mojicones con los de la fracción contraria que se ocupan a su vez de resolver idénticas cuestiones, y como el tiempo que se ha de perder siempre sobra, aún nos queda un rato disponible para relacionar nuestras cuestiones políticas con el planeta Marte y la Vía Láctea y entregarnos con singular ardor a rebatir las leyes de su existencia sideral. Verbigracia: el bardo Roxlo a guitarrazo limpio con los jóvenes colorados a propósito de Garibaldi, y todo el país convulsionado asistiendo al lírico pugilato absorbido por él.

Y el asunto Garibaldi no es más que un cuarto intermedio, un paréntesis al habitual debate. El descanso del Cid.

¡Lástima de tiempo derrochado en el culto de lo nimio, de energías absorbidas por lo secundario!

Te declaro con toda franqueza que quisiera ser más optimista acerca de la suerte de ese país; pero no puedo, no puedo ver de color de rosa lo que se está poniendo de un gris muy oscuro. Creo que tengan ustedes las bellas condiciones de que me hablas, pero nada positivo espero de ellas, desde que veo a esa intelectualidad joven quemándose



las cejas sobre amarillos mamotretos, empeñada en desentrañar enseñanzas de las epopeyas de nuestra raquítica existencia americana, en vez de ocuparse de los hermosos problemas científicos que agitan las mentalidades contemporáneas, agrupada en pos de las tibias reseca del primer gaucho clásico que se le ocurre héroe, enarboladas a guisa de ideal, o de las piltrafas vivas de cualquier pseudo caudillo, tropero de pasiones, en lugar de estar con los que desde ahora trazan rumbos sobre el porvenir, desperdiciando en una subordinación lamentable de lo que vale a la insignificancia, toda su exhuberante vitalidad!

No creo en ustedes, patriotas, guapos y politiqueros.

Tuyo.

FLORENCIO SANCHEZ

### III

#### Idolos gauchos

Mi querido amigo:

Aquí de tu benévola condescendencia. Voy a ocuparme de algo que tal vez te hiera más que todas las cosas dichas en mis cartas anteriores, del partido al que aún perteneces y al que en otros tiempos estuve yo incorporado: del partido blanco.

Empezaré con un poco de historia fresca. Allá por el año 1895, considerando nosotros los blancos: 1.º que hacía 33 años que no gobernábamos, y 2.º que Idiarte Borda lo hacía muy mal, resolvi-

mos adoptar el recurso extremo de las armas para reconquistar el Estado y labrar la felicidad de la patria. Al mismo tiempo que a nosotros se le ocurrió igual cosa a don Aparicio Saravia, estanciero del Cordobés, ex-Jefe de una revolución brasileña, poseedor de cierto prestigio y algunas lanzas, y todo fué pensarlo y pronunciarse con un puñado de criollos, ganándonos el tirón. El día de ese pronunciamiento, el doctor Aureliano Rodríguez Larreta, constitucionalista, comentábalo en mi presencia en las oficinas de la «Razón», y nos contaba que durante los preparativos de la revolución del Quebracho había ido a pedir al doctor Pellegrini una partida de lanzas destinadas a la fuerza invasora. —¡Cómo!—había exclamado éste—¿todavía pelean con chuzas los orientales?... Y aseguraba el doctor Rodríguez muy triste porvenir a sus compatriotas al convencerse de que diez años después «todavía peleaban con chuzas»!..

Desecha la montonera de Saravia, organizamos las nuestras y poco despues pisábamos las cuchillas de la patria,—¡viva la patria! ¡abajo los salvajes! ¡abajo los ladrones!— y nos entregábamos a matar gente, a carnear vacas y destruir haciendas, alambrados, puentes, telégrafos y vías férreas, en nombre de nuestros hollados derechos, con tan patriótico ardor, que en ocho meses de correrías no dejamos herejía en perspectiva ni por proyectar. Batidos en Arbolito, Cerros Colorados, Cerros blancos, Aceguá, Tarariras, etc., etc., etc., habríamos continuado quién sabe hasta cuándo nuestra misión topográfica de abrir caminos al través de los sembrados y las florestas, y pobladora a la vez... de cementerios, si el pueblo no empieza

a gritar ¡basta! y Arredondo no mata a Borda y Cuestas no hace la paz.

Una vez en paz, yo, yo mismo oí al doctor Aureliano Rodríguez Larreta, vestido de chapona blanca, brindar por el cruzado de poncho celeste que a punta de chuza había bregado gloriosamente por las libertades patrias: Aparicio Saravia, estanciero del Cordobés. Coreamos todos los blancos entusiasmados, ese canto a la chuza y a fuer de justos y equitativos lo hicimos extensivo a los demás estancieros, concedores de hacienda y baqueanos de todos los pagos (duerma en paz el pobre Diego Lamas) coroneles, comandantes y capitanes de Saravia, que con ella habían acariciado el dorso de los conculcadores de las leyes.

Y nuestro entusiasmo se tornó en veneración. La chuza que debió ocultar sus nostalgias de sangre en los rincones del rancho, siguió fulgurando en la imaginación de todos, y la brisa continuó rizando los flecos del poncho celeste, que á manera de immaculada túnica viste hoy los ideales políticos de la juventud nacionalista. ¿Te acuerdas de Aparicio Saravia? ¿Lograste durante la campaña descubrirle otras condiciones que mucho coraje, bastante astucia indígena y algunos hábiles recursos estratégicos como general, y como hombre una escasísima cultura moral y un espíritu celular con recovecos llenos de esa suspicacia aviesa, chocarrera y guaranga que se cristaliza en el gaucho americano?

Sin embargo, Saravia desde su febrilde criolla comparte con los políticos y los financistas de esa tierra la gestación de los negocios públicos, es a veces consejero y las más de las veces árbitro; es

barómetro de la bolsa y un gesto suyo convulsiona los ánimos; si amenaza al gobierno echamos mano a la cintura, si le sonrío hacemos una reverencia, cuando habla en serio nos ponemos graves y nos echamos en corporación a reír á carcajadas si de sus labios brota una gauchesca ocurrencia... ¡Saravia, Saravia, Saravia!... Al santuario del Cordobés van peregrinaciones de jóvenes intelectuales blancos, con la ofrenda de su libertad de espíritu a rogar por la felicidad de la patria y por el bienestar de la comunidad política y van delegados del gobierno a dejar votos y pedir inspiraciones... ¿Se mistifican o mistifican?

¡Qué tristeza! Viajan a Montevideo los hijos de Saravia (¿por qué no lo hace el padre?) y la juventud intelectual los colmà de agasajos, les da banquetes y les forma séquito, y bien recordarás que los pobres muchachos, salvo la guapeza hereditaria, no tienen más cualidad que la de saber ginetear potros, decir paradas, y usar corbatas de la bandera oriental, chambergo requintado y clavel blanco en la oreja! Y lo mismo que con Saravia y su prole, pasa con los demás militares de menor cuantía surgidos de la partida del 97, también ídolos gauchos con redoma y santuario. ¿Qué extraña morbosidad ha determinado en ustedes esa inexplicable devoción al fetiche de ñandubay?

¿En ustedes, inteligentes, estudiosos y altivos?

Puedes creer que si algún dolor he experimentado al escribir mis epístolas precedentes, nada me ha sido tan penoso como constatar y hacer públicas estas verdades. Conservo más de un recuerdo grato y cariñoso de ustedes y de ese pedazo de la tierra, y suaves sedimentos de mis pasadas veleida-

des, y sé que al sinapismar las llagas produciré grandes escozores. No te ofendas. El enfermo nunca guarda rencor al médico que trata de curarlo.

Afmo.,

FLORENCIO SANCHEZ



## Diálogos de actualidad

---

### La nena y el juez

La nena — Buenos días, papáito, buenos días. Picarón! Nada nos habías dicho, ¿eh?

El Juez — De qué, mi nena?

La nena — De la ejecución. Te felicito papá. Todos los diarios se ocupan hoy de tí. «La Nación», «La Prensa», «El País»... Mira, aquí dice: «El juez, a pocos pasos del banquillo, presenció la ejecución del reo, impassible y severo»... ¡Qué guapo eres, papáito! ¿No te tapaste los oídos cuando sonó la descarga? ¿No?... Pues yo lo hubiera hecho... Prum! Prum!... ¡Ay, qué miedo!... Y dime, tú le pegaste el tiro de gracia?

El juez — No, no; se lo pegó el cabo.

La nena — ¡Ah! ¿Y qué dijo el reo cuando empezó a morir? ¿Lloraba, no?... ¡Pobre!... y gritaba ¡no me mate! no lo haré más, ¡no me mate! ¿Verdad? ¿No tuviste lástima, papá, en ese momento?

El juez — ¡Oh, no! ¡Yo soy juez del Crimen!...

La nena — ¡Es verdad!... ¡Juez!!... Sin embargo, papá, será muy lindo eso... pero te declaro que nunca, nunca, sería «jueza».

El juez — ¿Por qué, nena mía?

La nena — ¡Porque me pondría a llorar de pena!... ¡Ah! dime, papá: cuando un juez se compadece del reo ¿es castigado?

El juez — ¡ No, no !

La nena — Y tú entonces, por qué no perdonaste a ese hombre ?

El juez — ( Con fastidio ) — Nena, nena ! Vete a tomar el té.

La nena — ¡ Ya voy, papá ! ¿ Por qué te impacientas ? Yo quiero saber todo para contárselo a las demás niñas en el colegio. ¡ Cómo me van a felicitar cuando sepan que has salido en letras de molde !.. Publicará tu retrato « Caras y Caretas », por supuesto... ¡ Qué orgullo ! ¿ eh ? ¡ ser la hija del juez !... ¿ Me prestas este diario ? Voy a leer todo, todo lo que dice de tí. Son dos columnas... y con titulitos... ¡ A ver ! ¡ A ver ! ( Lee ) « Teresita » : « Cuando entró la niña de este nombre a la capilla, presenciámos una escena realmente conmovedora. La pequeña se echó a llorar desconsoladamente y no hubo fuerza humana que la obligara a besar al reo ! . Pobrecita. ¿ Y por qué querían ustedes que besara al criminal ?... »

El juez — Era su padre, pues.

La nena — ¡ Ay ! ! ¿ De manera que los asesinos tienen hijos y los quieren ?

El juez — Sí hijita de mi alma !..

## Las señoras de P. y de X.

La señora de P. — La señora de X. — En casa de ésta a las 3 de la tarde. ( Los nombres los encontrará el lector en la crónica social de cualquier diario ) — Lelia, nena de ocho años.

La señora de X. — No señora ; no pude ir anoche a la Opera. Figúrese que al regresar de

Palermo encontré a Lelia enferma. Usted sabe que es tan delicadita...

La señora de P. — ¡Ah, sí! Está muy débil esa niña. Deben atenderla mucho.

La señora de X. — Imagínese, señora... Nos desvivimos por cuidarla. Medicinas y fortificantes por aquí, alimentos por allá...

La señora de P. — ¿Y come con apetito?

La señora de X. — Muy poco; es un pajarito, pero el cocinero que tenemos, que es muy bueno, le prepara siempre platitos delicados y con maña y engaños conseguimos hacerla comer. Figúrese que esta mañana para obtener que tomara unos bocados le tuvimos que decir que iba a quedarse como esa niña de Pérez, que a fuerza de pasar necesidades se está transformando la pobre en un escarbadientes...

La señora de P. — ¿Y qué me dice de esa gente?...

La señora de X. — ¡Ah, señora! Qué infamia. No sé cómo Dios no las castiga. Todo el santo día chicoteándose por esas calles. Que a las tiendas, que a Palermo, que los teatros y las kermeses... Lee usted la vida social y se harta de encontrar el nombre de las de Pérez. Infaltables a todas partes. ¡Y, sin embargo, usted sabe! ..

La señora de P. — ¡Calle, hija, calle! Si supiera lo que me ha contado ayer en la Metropolitana la de González!...

La señora de X. — Lo que es ella, tampoco puede hablar mucho de los demás...

La señora de P. — Tiene razón; pero esta vez creo que habla con justicia. Figúrese... la mucama que tiene le ha contado horrores de la de

Pérez. Dice que en aquella casa comen un día por otro; que el marido hace un año que no trabaja, y que se pasa la vida escribiendo cartitas a los amigos pidiéndoles plata; que el ministro les garante las cuentas de «La Ciudad de Londres»; que las «remises» las consiguen de Mirás por los bombos que un primo de ellas les pone en un diario...

La señora de X.— Y dicen que tienen coche propio... Así se escribe la historia...

La señora de P.— Y una porción de cosas más ¡horribles, hija, horribles! La señora para no pasar por vieja, jamás muestra a su hija que ya tiene como once años y le da una vida de perros a la pobre criatura, que vive como guacha, encerrada siempre, aporreada y muerta de hambre.

La señora de X.— ¡Que facinerosas! Ni anarquistas que fueran!.. ¡Ay, Dios mío como está el mundo!

Lelia (entrando) ¡Mamá! mamita, ya son como las tres y no...

La señora de X.— ¡Lelia! ¡Lelia! ¿Qué vienes a hacer aquí? ¿Qué atrevimiento es este? Pronto, retírate.

La señora de P.— Déjela usted señora, no molesta.

La señora de X.— ¡No es por eso, sino para que aprenda la buena educación! ¡Vete con la niñera Lelia!

Lelia.— ¡Pero mamá! ¡Qué tiempo hace que se fué... ¡Ay! ¡Ay! No me pellizques...

La señora de X.— ¡Tonta! ¿Quién te pellizca? Vamos, toca el timbre y llama a Clara.

Lelia.— ¡No funciona! ¿No te acuerdas que lo descompusieron cuando nos cortaron el gas?...

La señora de X.—(Zamarreándola).—Pero qué cosas inventas, muchacha de los demonios. ¿Estás con fiebre? ¿Deliras? (Lelia consigue desasirse y se arroja llorando en brazos de la señora de P.)

La señora de P.—Déjela, señora. La pobrecita no sabe lo que dice. (A Lelia). ¡No llore más mi nena, no llore pobrecita! Está enfermita ¿no? . . . Vamos, déle un besito a mamá y váyase a jugar con sus hermanitos ¿quiere? . . . ¿Qué juego le gusta más?

Lelia.—(Sollozando)—Nin . . . nin . . . ninguno . . .

La señora de X.—Si, a ella le gusta jugar a las visitas. ¡Si viera señora como se entretienen! La hermanita Julia hace de dueña de casa y ésta y Bebé, son el matrimonio que vienen de visita. Y se hacen unas reverencias y unos cumplimientos lo más aristocráticos.

La señora de P.—Y es muy bonito eso. ¡Así van aprendiendo las reglas de la buena sociabilidad. ¿Por qué no vas a jugar nena? . . .

Lelia.—¡Porque nó! ¡Porque nó! No quiero . . .

La señora de X.—¡Vamos Lelia, sé buena, vete a jugar a las visitas!

Lelia.—¡Nó, nó, nó! ¿No me has dicho que era de mal tono hacer visitas antes del almuerzo?

La señora de X.—¡Es claro que sí!

Lelia.—Bueno. ¡Y como nosotros no hemos almorzado hoy!! . . . . .

## Pedro y Juan

Pedro.—Vamos a cuentas buen Juan. ¿Qué ventajas tienen estas fiestas?

Juan.—¡Oh! ¡Muchas! Yo, Juan, hace tres

días que como ; Juan, mi vecino también ; Juan, el de la esquina, ha podido comprar remedios para el hijito enfermo ; Juan, el de la otra cuadra, evitó el desalojo ; Juan, el que vive en Palermo, tiene pantalones nuevos ; Juan, el pintor, desempeñó las brochas, y a Juan, el carpintero, no le faltaron recursos para costear la mortaja de su mujer, muerta de consunción ; a Juan el . . .

Pedro, — ¡ Muy bien ! ¿ De manera que para que la gente no se muera de hambre y compre ropa y tenga albergue, es menester que, en este país, en la República Argentina, se hagan grandes fiestas ?

Juan. — ¡ Claro está !

Pedro. — ¡ Ah ! ¿ Entonces, sin Campos Salles a la fecha te habrías comido los puños ?

Juan. — ¡ Tal vez !

Peero. — ¡ Magnífico ! ¡ Viva Campos Salles ! . . . Dime, ¿ cuánto es lo que se ha gastado en los festejos de recepción ?

Juan. — Cuatro millones. ¡ Eso debe ser mucha plata ! . . .

Pedro. — Y de ese montón de dinero ¿ cuánto has recibido ?

Juan. — Hasta ahora treinta pesos.

Pedro. — Entre todos los Juanes, ¿ habrán distribuído unos treinta mil pesos ?

Juan. — ¡ Por ahí !

Pedro. — ¿ Y los tres millones novecientos setenta mil pesos, a quienes tocan ?

Juan. — Al gobierno, al barraquero, al pinturero, al ferretero, a la modista . . .

Pedro. — Veo que eres razonador. ¡ Bien ! Y si un millón de pesos han correspondido a la modis-

ta en este mes, ¿cuantos habrá percibido la costurera?

Juan.—¡Cincuenta!

Pedro.—¿Y los 999.950? ...

Juan.—Van al fabricante de tejidos, al exportador, al fisco, al importador, a su socio, al carrero, al changador, ... todos los aprovechan.

Pedro.—¡Admirable! De manera que según esa cuenta cada uno debería percibir 14.285 pesos.

Juan.—¡Ah! no! Al que pone más capital le toca más ganancia, y así tiene que ser todo proporcionado.

Pedro.—¿De modo que, entre el individuo que pone el capital y el fisco que no pone nada, deben recibir diez veces más dinero que todo el dinero junto de todos los que trabajan. ¿Por qué?

Juan.—Porque sí; porque las cosas son así!

Pedro.—¿Pero a tí te gustaría recibir, puesto que trabajas, lo que hoy reciben los que no hacen más que poner plata y leyes?... ¿Por qué no te rebelas, imbécil?

Juan.—¿Y con qué como?

Pedro.—Con eso, con eso mismo, ¡con la rebelión!... Pero volviendo al asunto. A no gastarse en trapos, luces y palitroques, esos cuatro millones podrían tener un destino más provechoso. ¿No es verdad?

Juan.—No, no, no, no. ¡Entonces en vez de distribuirse entre los Juanes, los Pedros y los Diegos, se quedarían los Diegos solos con todos esos millones!...

Pedro.—¡Oh! ¡Oh, lógica!

## El nuevo "affiche"

La caridad argentina mantiene gratuitamente, según parece, a unos dos mil y tantos chicos sin padre ni madre que quieran hacerlo, pero como la ley de Dios ordena que ningún servicio quede sin retribución, encuentra justo exigirla de sus pequeños pensionistas. Pero no sabe cómo.

Un buen día tiene noticias de que un negociante en teatros, otro en chocolates, otro en bizcochos, otro en perfumes y varios funcionarios públicos ávidos todos de reclamo y publicidad para sus productos (los últimos no los tienen, pero lo son), buscan el medio más novedoso de pregonarlos, y como al mismo tiempo descubren que los chicos gozan que se las pelan con los payasos, concibe inmediatamente el modo de hacerse pagar la deuda en una forma amable y caritativa también.

El de los teatros los presta con los payasos, el chocolatero reparte chocolate, masas el bizcochero, esencias el perfumista, y los funcionarios sus funciones, la caridad los chicos, y los diarios sus columnas. Y sale un «affiche» que ni de Cheret con todos los productos representados.

El de la Caridad estereotipada en varias columnas de «Vida Social».



# ÍNDICE

---

Dos palabras del Editor. . . . .	3
El caudillaje criminal en Sud América — «Joã Francisco»—El degüello . . . .	5
Cartas de un flojo—¡Orientales y basta! . .	27
No creo en ustedes . . . . .	32
Idolos Gauchos . . . . ; . . . . .	36
Diálogos de actualidad—La nena y el Juez.	41
Las señoras de P. y X. . . . .	42
Pedro y Juan . . . . .	45
El nuevo «affiche» . . . . .	48

MAXIMINO GARCIA

# LIBRERÍA "LA FACULTAD"

Casa editora: Ituzaingó, 1416—Montevideo

## LIBROS PUBLICADOS

<i>Doctor Félix Vitale</i> -- Hacia la democracia . . . . .	§ 0 15
<i>Santiago Rusiñol</i> — El Místico . . . . .	> 0 25
<i>Florencio Sánchez</i> — El caudillaje criminal en Sud América. . . . .	> 0 35
<i>Florencio Sánchez</i> — Barranca abajo, drama en tres actos . . . . .	> 1 00
<i>Edmundo Bianchi</i> — Perdidos en la luz, drama en 4 actos . . . . .	> 0 50
<i>Edmundo Bianchi</i> — La quiebra, comedia en dos actos . . . . .	> 0 26
<i>Ismael Cortinas</i> — Renée Mason, comedia feminista, en cuatro actos . . . . .	> 0 50
<i>José Enrique Rodó</i> — Tres parábolas de Proteo. . . . .	> 0 35
<i>A. Mazzolenni</i> — Viaje y aventuras de cinco átomos por el cuerpo humano, obra científica para niños . . . . .	> 0 30
<i>José G. Antuña</i> — La Junta de Gobierno y el Partido Colorado. . . . .	> 0 40
<i>Telémaco Braida (hijo)</i> — Al margen del debate sobre la reforma de la Constitución . . . . .	> 0 10
<i>Victor Arreguine</i> — Estudios sociales . . . . .	> 0 50
<i>Vicente A. Salaverri</i> — Del picadero al proceñio. Como se forman los artistas. (Esta obra es la historia sintetizada del teatro del Río de la Plata) . . . . .	> 0 40
<i>Vicente A. Salaverri</i> — Resurrexit, comedia en un acto . . . . .	> 0 20
<i>Julio Sánchez Gardel</i> — La Montaña de las brujas, drama en 3 actos . . . . .	> 0 80
<i>M. Maeterlinck</i> — El pájaro azul, serie en 6 actos y 12 cuadros . . . . .	> 0 35
<i>J. y S. Alvarez Quintero</i> — Amores y amorios, comedia en 4 actos . . . . .	> 0 30
<i>Dr. C. Oneto y Viana</i> — Ley del divorcio, con las reformas introducidas en la discusión parlamentaria. . . . .	> 0 10
<i>L. A. de Herrera</i> — El Uruguay Internacional . . . . . 1 t.	> 1 00
> La tierra charrúa . . . . . 1 t.	> 1 50
> Desde Washington . . . . . 1 t.	> 1 00
> La Diplomacia Oriental en el Paraguay . . . . . 2 t.	> 4 00